

## EDITORIAL

## Progreso, tradición e historia en tiempos de crisis

La idea de progreso es una de las bases teóricas de nuestra modernidad constitutiva, una idea que incorpora una concepción lineal del tiempo, y atribuye un sentido a la historia y nos orienta hacia el futuro. Este progreso, a su vez, presupone una unidad fundamental de la humanidad, que presumiblemente evoluciona toda en una misma dirección. Pero la metafísica del progreso que prometía la posibilidad de una mejora en la condición humana contrasta con la realidad destructora y aniquiladora del ahora, un ahora hecho de conflictos armados, severas crisis económicas, calentamiento global, hambre en el mundo, terrorismo globalizado y un progresivo agotamiento de recursos clave.

La tesis IX de las *Tesis sobre la filosofía de la historia* de Benjamin nos presenta la imagen de un ángel, el ángel de la historia, que contempla las ruinas de esta historia, arrasada por el huracán del progreso construido sobre las cenizas de la humanidad, un ángel que se ve empujado a un futuro incierto, del que ya no espera nada. Ciertamente el temor de Benjamin respecto a la modernidad provenía de ese progreso que en su afán por borrar todo pasado en favor del futuro elimina precisamente a la humanidad misma. Pero frente a la desolación del ángel de la historia aparece la acción humana como una inmensa fuerza que se rebela.

El optimismo sobre el desarrollo de la ciencia y la tecnología llevó a teóricos como Francis Bacon a afirmar que el papel del hombre era nada más y nada menos que controlar la naturaleza mediante el conocimiento de sus leyes. Y este optimismo tecno-científico vinculado a la idea de progreso se sumaba así a una voluntad de control de la naturaleza y de expansión económica en el territorio; un optimismo que constataba la acumulabilidad del conocimiento científico y que llevó a deducir la superioridad de los modernos frente a los antiguos, tanto como de unas civilizaciones frente a otras, con todas las implicaciones que ello tuvo.

La tradición devenía entonces un obstáculo a superar por el empuje de la razón. Lo nuevo era mejor por el simple hecho de ser nuevo, y era hacia lo que se debía tender, hacia la producción de lo nuevo como garantía de perfección y progreso. De esta manera el progreso, resultado de la evolución, se erigía a la vez como principio de esa evolución. Para aquellos progresistas modernos, lo que se oponía al progreso —es decir, la tradición, los prejuicios etc.— debía ser rechazado porque precisamente impedía el desarrollo del sentido mismo de la historia. Esta idea se extendió a todos los ámbitos hasta transformar al mismo hombre, que asociaba de esta manera progreso material a progreso moral y humano. El desolado ángel de la historia de Benjamin está ahí para recordarnos que esta equivalencia no siempre ha sido cierta.

Frente a esta teleología implícita en la idea de progreso, cabe preguntarse sobre qué es lo que permanece aislado e invisible en los márgenes de ese discurso que presupone ese componente de direccionalidad. Frente a esa historia incapaz de aprehender la concreción singular de la adaptación local de una variación en sí misma, porque la adscribe a una metanarrativa del progreso, podríamos oponer así otra historia intempestiva como contramemoria, tal y como nos

sugirió un lúcido Friedrich Nietzsche, una historia en la que no se trataría tanto de dar cuenta de la verdad de la historia como, más bien, de la historia de las verdades, una arqueología crítica que expone la forma en que aquello que se presenta como nuevo a menudo no tiene nada de nuevo, y en ese dar cuenta de aquello que permanece oculto permite dilucidar lo viejo que hay en lo nuevo, y lo nuevo que hay en lo viejo.

En estos tiempos de anunciadas crisis cabe recordar que aquello que ya ha pasado no siempre queda inmerso en un pasado inmemorial y dispuesto a ser olvidado, sino que más bien ese pasado pervive reactualizándose de mil y una maneras diferentes. La aportación del componente crítico de lo artístico sobre el devenir de la ciencia y la tecnología actual, tanto como el recurso a una historia disruptiva, capaz de pensar el devenir y la multiplicidad, profundizando en las diferencias para ahondar en el espesor de la novedad, resulta hoy una fundamental estrategia a tener en cuenta en este frágil equilibrio entre renovado optimismo y cruda realidad contrastada.

Pau Alsina  
Director de *Artnodes*